

Mi filosofía de la educación

Bibliografía

Mi filosofía de la educación, P. José Kentenich, Ed. Schoenstatt, Chile, 2a. Edición – Octubre 1988, 64 págs.

Presentación

Con gran satisfacción entregamos la traducción en castellano de este valioso escrito del P. Kentenich que él mismo tituló “¿Cuál es mi filosofía de la educación?”, aludiendo a una pregunta que le había sido formulada.

Esta pequeña obra escrita en el año 1961, en Milwaukee, Estados Unidos, es una apretada síntesis. El P. Kentenich no pretende dar en ella una visión global del sistema pedagógico de Schoenstatt, más bien se centra en los principios filosófico–teológicos fundamentales sobre los cuales se basa su doctrina pedagógica, como asimismo en la paternidad, viga maestra de todo el sistema.

El carácter de este escrito no lo hace apto para quien busque una introducción a la pedagogía schoenstattiana o una visión general de la misma. Supone un conocimiento previo del pensamiento del P. Kentenich o, al menos, una complementación con la lectura de otras obras suyas donde se expone más detenidamente sobre los temas que aquí son abordados en forma densa y concisa. En la última nota hacemos referencia a una bibliografía más amplia sobre esta temática.

La traducción que ofrecemos ha sido cuidadosamente elaborada. Contábamos con tres traducciones previas: una antigua de la cual desconocemos el autor, otra del P. Esteban Uriburu y otra de un equipo del escolasticado de los Padres de Schoenstatt en Münster. En la presente traducción hemos tratado de conjugar una estricta fidelidad al texto original con una máxima comprensibilidad del lenguaje. La tarea no ha sido fácil dado las características del texto. Estamos conscientes de que una traducción puede seguir perfeccionándose y agradecemos posibles sugerencias para ediciones posteriores. En diversos casos, hemos explicado la opción adoptada mediante una nota aclaratoria al pie de la página.

Para facilitar la comprensión de este valioso escrito, introdujimos títulos de acuerdo al desarrollo del pensamiento seguido por el Padre Kentenich. Además, en algunos casos, agregamos paréntesis aclaratorios. Cuando se trataba de paréntesis del mismo texto original, lo indicamos expresamente. Así mismo destacamos algunas frases usando letra cursiva. Cuando se trataba del subrayado en el original lo destacamos con el tipo de letra “negrita”. Todas las notas pertenecen a la traducción.

Esperamos que la lectura de este texto permita una comprensión cada vez más profunda del carisma pedagógico del Padre Kentenich y sirva de incentivo para continuar profundizando su pensamiento y su praxis pedagógica y pastoral.

P. Rafael Fernández A.

Bellavista, mayo 1985.

Año del centenario del nacimiento del Padre Kentenich.

1. INTRODUCCIÓN

Tema: ¿Cuál es la filosofía de la educación que postulo?

Respuesta: Me baso en el sistema de educación de Schoenstatt.

Observación: Tratándose aquí de la filosofía de la educación, me limito a **caracterizar** *el sistema en general y en particular*.

El gran volumen de la materia a tratar desaconseja pretender ofrecer algo más que un compendio o esbozo de la cuestión.

Si es cierto que en la limitación se revela el maestro, hemos de aplicarlo especialmente en nuestro caso.

El nombre “**sistema de educación schoenstattiano**” surge del movimiento de educadores y de educación que se orienta según los principios fundamentales de este sistema. Se denomina movimiento de educadores y de educación **schoenstattiano**, porque tiene su origen, su centro y su continua fuente de vida en Schoenstatt. Schoenstatt se encuentra en Alemania, en las cercanías de Coblenza, formando parte de la pequeña ciudad de Vallendar/Rhein.

La **característica general del sistema** tiene que ver con algo que escribiera en la revista “Hochland” (1937.38, pág. 472), Friedrich Schneider, profesor de pedagogía en las universidades de Salzburgo y de Münster, sobre un elemento esencial de este modo de educar: el Ideal Personal. Concluyendo se investigación científica sobre la materia, establece lo siguiente: “La teoría y la praxis del Ideal Personal que postula la Familia de Schoenstatt y que ha dado múltiples pruebas de su eficacia aparece, ante quien la considera críticamente, como la síntesis creadora nacida de una cosmovisión católica del mundo y de la vida que abarca todo lo que se ha pensado y probado hasta el momento sobre esta problemática en el campo pedagógico. Con esto no quiero decir, en modo alguno, que el Padre de este movimiento haya arribado a la actual doctrina sobre la educación de Schoenstatt, a través de un estudio crítico de toda la literatura que se ocupa con la problemática de la idea trascendente e inmanente del hombre y de sus consecuencias pedagógicas. Son muchos los hechos que más bien hablan a favor de que ella es, en primer lugar, don divino de un carisma psicológico y pedagógico”.

Por lo tanto, en conexión con la doctrina del Ideal Personal, tenemos que aquí se trata de una “síntesis creadora nacida de una visión católica del mundo y de la vida, que abarca todo aquello que se ha pensado y probado hasta el momento sobre esta problemática en el campo pedagógico”.

La forma autónoma e independiente en que se ha desarrollado esta síntesis creadora, en relación a la literatura especializada que trata el tema, lo demuestra el hecho de que la “doctrina de los tipos” de Spranger¹ y su concepción del Ideal Personal fue conocida en círculos schoenstattianos recién en 1925, mientras que en el mismo círculo dicha doctrina como tal, fue dada a conocer y convertida en norma de toda la educación ya desde 1917.

Si se aplica críticamente el parámetro señalado de la síntesis creadora al sistema pedagógico schoenstattiano, en su totalidad, y en sus elementos constitutivos particulares y esenciales, entonces no resulta difícil repetir la misma y característica constatación. En todas sus partes surge con claridad esa síntesis creadora. De ahí que Schoenstatt afirme, conscientemente, que su sistema de educación busca una unión, lo más perfecta posible, entre la ciencia y la vida, o bien, que es una teología y filosofía, una psicología, sociología y biología adecuadas al tiempo y correctamente aplicadas. Desde este punto de vista, consulta los resultados de las más recientes investigaciones, asimilándolas creadoramente y aplicándolas al campo de la educación práctica.

Ejemplo clásico de esto es la manera como se concibe y trata la vida del inconsciente, en el sentido de la integración de la personalidad. No debería ser difícil verificar, más exactamente, que, del mismo modo, todo el sistema representa una síntesis creadora entre experimentalismo e instrumentalismo, entre proginatismo² y progresismo. Es decir, todos los elementos positivos de estos sistemas son anticipados, integrados en un todo orgánico y elaborados como norma para la educación. Luego nos referiremos a esto más en detalle.

¹ Eduard Spranger, nacido el 27.6.1882 en Berlín, pedagogo y sicólogo de la cultura. Se destacó sobre todo, por su obra “La Psicología de la juventud” (Die Psychologie des Jugendalters). En su “doctrina de los tipos” desarrollada en su obra “Die Magie der Seele, die Psychologie des Glaubens” (La magia del alma, la psicología de la fe) presenta los distintos tipos de hombres: el teórico, el económico, el esteta, el social, el político, el religioso.

² El P. Kentenich usa el vocablo “proginatismo” sin que se haya encontrado en otros autores. Probablemente se refiere a una tendencia de orden tradicionalista o conservadora en la educación. Si se atiende a su etimología (progenesis – progignere) tendencia opuesta al progresismo.

Esto hace comprensible que y por qué la doctrina de la educación de Schoenstatt se denomine con predilección “oficial de enlace entre la ciencia y la vida”.

2. PRINCIPIOS DEL SISTEMA PEDAGÓGICO DE SCHOENSTATT

Los fundamentos de todo el sistema descansan sobre tres principios fundamentales. Los dos primeros se basan en el pensar tomista. El último responde a la concepción salesiana. Séanos permitido referirnos brevemente a estos principios y colocarlos en un marco más amplio.

2.1. Primer Principio

2.1.1. La dinámica del ser determina la dinámica de la educación

*El primer principio dice así: **Ordo essendi est ordo agendi** (El orden de ser determina el orden de actuar). Quiere decir que el orden de ser objetivo, como expresión plena del plan y querer divinos para el hombre como persona individual y social, *determina el orden de vida y también con ello, al mismo tiempo, el fin y el modo de la educación.* Podemos igualmente usar la siguiente formulación: Operatio sequitur esse (el actuar se deriva del ser)³. Lo que significa que el ser determina el querer y el deber. Dicho más exactamente: el ritmo objetivo del ser determina el ritmo de vida subjetivo, constituyéndose así en norma para todo el sistema de educación. Más aún: la dinámica del ser determina la dinámica de la vida y de la educación.*

Con esto estamos reconociendo en el ser y en la vida la existencia de una ley múltiple de desarrollo, sin negar por ello un fundamento inamovible en el ser y en la esencia.

Desde esta perspectiva no debería ser difícil destacar la relación del sistema de educación de Schoenstatt con el experimentalismo, el instrumentalismo, el proginatismo y el progresismo y establecer los límites en todas las direcciones. Dicho en otras palabras, adquirir claridad sobre las semejanzas y diferencias y con ello sobre la misma síntesis creadora.

La norma fundamental que hemos mencionado toma igualmente en consideración ambos aspectos: *la relación del hombre consigo mismo (educación de la personalidad) y con el tú personal del prójimo y del Dios vivo (formación comunitaria y religiosa)*⁴.

2.1.2. Concepciones erradas sobre el hombre

De esta manera se vence la crasa opción entre un *individualismo extremo y un colectivismo exagerado*, integrándolas en una *creadora “unidad de tensión”*⁵. La Santísima Trinidad, a

³ Los axiomas “ordo essendi esto ordo agendi” y “operatio sequitur esse”, son formulaciones escolásticas de un principio que subyace a toda la doctrina de Santo Tomás. Corresponde a sus enseñanzas que “omne ens est propter operationem” (todo ser se realiza mediante su acción). El segundo de los axiomas citados se encuentra en la Suma Teológica: “Modus operandi cuiuslibet rei sequitur modum essendi eius” (I,89,1c). se puede ver, además, por ej. I,14,5 ad 3; I-II, 1, 3c; III, 19, 1 ad 3; II-III, 179, 1, ad 1; I, 41, 2c; etc.

⁴ Paréntesis del original.

⁵ Hemos traducido el concepto “Spannungseinheit”, típico en el pensamiento del P. Kentenich, por la expresión “unidad de tensión”. El P. Kentenich concibe la realidad polarmente. En un organismo existen diversas partes o elementos que poseen una originalidad, autonomía y función propias. Esta diversidad conforma la riqueza del todo, en la medida que las partes (polos) entran en una “tensión creadora” y se complementan mutuamente, si las partes o polos se independizan y oponen, entonces, en lugar de una tensión “creadora”, se da una tensión “destructora”. Es decir, las fuerzas originales, si se

cuya imagen y semejanza ha sido creado el hombre, es el modelo. No en vano acentúa el relato de la creación: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. A continuación nuevamente repite: “A nuestra imagen y semejanza hagámoslo”. Y luego se constata con un cierto júbilo: “Y El lo creó a su imagen y semejanza”⁶.

Este modo de hablar expresa con claridad cuánto importa a Dios el hecho de que el hombre sea imagen y semejanza suya. Parece que quisiera elevar *una solemne protesta contra un sinnúmero de concepciones modernas sobre el hombre. La primera concepción sostiene que el hombre, en su esencia, no es más que un manajo de instintos, un mecanismo de instintos o un animal altamente desarrollado.*

Para la *segunda concepción*, el hombre no es otra cosa que un *exponente original de la materia*. La *tercera* se caracteriza al hombre como *pieza reemplazable de una máquina*.

2.1.3. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios

Con qué solemnidad resuenan en cambio las palabras del relato de la creación: “Y Dios lo creó a su imagen y semejanza”. Según ello el hombre es imagen, reflejo y semejanza del Dios espiritual, del Dios encarnado y de la Santísima Trinidad. Es sólo reflejo suyo, no su réplica perfecta. No es Dios, es sólo semejante a Dios.

A través de su cuerpo, que, según la experiencia y el relato de la creación, es regalo de Dios, el hombre se proyecta no sólo en el reino de lo divino y del espíritu, sino también en el reino animal⁷. La maravillosa armonía que, como nos lo enseña la revelación, unía entre sí estos tres elementos en el estado anterior al pecado original, ha sido rota por el pecado de los primeros padres⁸ y por la culpa personal.

Esta armonía quiere y debe ser restaurada, al menos en parte, ya aquí en la tierra y de modo perfecto en el más allá. *Lograr nuevamente esta armonía es la tarea que han de realizar, la actividad divina y la humana, obrando cada una de acuerdo a su modalidad.* Queda así señalada una meta clara y concisa para la educación y la autoformación. Al mismo tiempo ello nos hace comprender que en los tres sistemas mencionados pueden existir y existen elementos y gérmenes de verdad, los cuales justamente, debido al principio fundamental que estamos considerando, han de ser tenidos en cuenta e incorporados a nuestra pedagogía. Los tres han de ser nuevamente unidos en una síntesis creadora. La forma en que eso pueda realizarse prácticamente, desborda el marco de este trabajo.

En el seno de la Trinidad, cada Persona, simultáneamente, se posee así misma y, al mismo tiempo, está plenamente abierta a las otras personas. Ambos momentos se dan de una manera tan indescriptiblemente profunda que hablamos de un Dios en tres Personas.

2.1.4. El ideal del hombre nuevo y de la nueva comunidad

Schoenstatt se orienta invariablemente, en su doctrina de la educación, según esta imagen ideal. De ahí que hable en todos los tonos posibles del *ideal del hombre nuevo en la nueva comunidad*.

La nueva comunidad se caracteriza así: es la comunidad perfecta basada en personalidades perfectas, ambas impulsadas por la fuerza fundamental y elemental del amor.

El hombre nuevo es la personalidad autónoma, de una gran interioridad, con una voluntad y disposición permanente de decisión, responsable ante su propia conciencia e interiormente

complementan, producen vida y fecundidad, si se oponen e independizan, terminan destruyendo la vida y acaban con la fecundidad del organismo.

⁶ Gén. 1,26-27.

⁷ Cfr. Gén. 1,27-31;2,1-7.

⁸ Cfr. Gén. 3,1-24.

*libre, que se aleja tanto de una rígida esclavitud a las formas como de una arbitrariedad que no conoce normas*⁹.

Por eso no reconoce una autonomía absoluta. Al orientarse según el ideal de la Santísima Trinidad se adecúa en todas las etapas de su desarrollo a las leyes del ser de la misma Santísima Trinidad. Une, por lo tanto, la autonomía con la heteronomía¹⁰.

*Una forma particular del hombre nuevo en la nueva comunidad se da en los Institutos Seculares de Schoenstatt. No sólo se hallan libres — como en todos los Institutos de este tipo — de la comunidad obligatoria de mesa, de habitación y de un hábito común, sino que, además, poseen una originalidad típica. Su ideal es — en el sentido de las “nuevas playas” y de la nueva conformación del mundo que se avecina — el hombre sin votos, pero perfecto, en una comunidad sin votos, pero igualmente perfecta*¹¹.

Estas breves indicaciones basten para aclarar el principio: “ordo essendi est ordo agendi” como fundamento de la doctrina schoenstattiana de la educación.

Un crítico sin prejuicios fácilmente podrá constatar que aquí se trata de ver antiguas verdades filosóficas y teológicas en una nueva luz, de presentarlas en forma original y de unir las en una síntesis creadora.

En cierto sentido, esta pedagogía puede reclamar para sí la afirmación que hicieron contemporáneos de Newman sobre su manera de pensar, hablar y vivir¹². Escriben: “Su fuerza se mostraba especialmente en la manera nueva y poco común con que hacía nuevamente vitales, verdades antiguas, reconocidas por todos los cristianos, pero que la mayoría ya no sentía. Cuando él hablaba ¡cómo se hacían nuevas viejas verdades! ¡Con

⁹ En la definición del hombre nuevo dada por el P. Kentenich ofrece particular dificultad la traducción de la palabra “beseelte Persönlichkeit”. “Seele” significa alma, “beseelen”, dar o infundir alma, animar, dar alimento o vivificar. Literalmente se traduciría por “personalidad animada o con alma”, pero no se expresaría con ello toda la riqueza de contenido que el P. Kentenich quiere darle.

Una persona “con alma”, quiere decir que posee una riqueza interior, que no es ni “desalmada” ni exteriorizada, que tiene fondo y sensibilidad, que posee corazón o “Gemüt” (otra palabra intraducible del idioma alemán, que generalmente se deja en el idioma original). Puede verse al respecto la revista “Carisma” No. 8, pág. 58.

Transcribimos las dos definiciones dadas en alemán para quienes quieran cotejar palabra por palabra la traducción que aquí ofrecemos. Dice, Schoenstatt caracteriza la nueva comunidad así: “Vollkommenen Gemeinschaft auf Grund vollkommener Persönlichkeit: beide getragen von der elementaren Grundkraft der Liebe”. A su vez, el hombre nuevo es: “die eigenständige, die veselte, die entscheidungsfreudige und entscheidungswillige, die selbstverantwortliche und innerlich freie Persönlichkeit, die sich gleicherweise fernhält von starrer Formversklavung und bindungsloser Willkür”.

¹⁰ “Heteronomía” viene de “heteros”, otro, y “nomos”, ley. Significa estar bajo ley o mandato ajeno o de otro. “Autonomía” viene también del griego “autos”, propio, y “nomos”, ley. Significa estar bajo la propia ley.

¹¹ Las comunidades religiosas en la Iglesia tradicionalmente sellan la pertenencia a las mismas por medio de los votos, simples o solemnes (voto de obediencia, pobreza y castidad). El voto impone una obligación ante Dios mismo, más allá de lo que diga el ejercicio de la virtud como tal. Los Institutos Seculares de Schoenstatt para acentuar su vocación seglar (vida en medio del mundo y ejemplaridad respecto al laicado), sólo hacen promesas que obligan al modo de un contrato y sellan su entrega a Dios por medio de una consagración.

¹² Cardenal John Henry Newman. Nacido el 21.2.1801 en Londres, murió el 11.8.1890 en Birmingham. Primeramente fue teólogo anglicano; en 1828 Pastor en Oxford. Buscaba un acercamiento de su Iglesia con Roma. Tras largas luchas interiores se convirtió al catolicismo en 1845. En 1847 fue ordenado sacerdote. De 1851 a 1858 fue rector de la Universidad Católica de Dublin. En 1879 Cardenal, a pesar de muchas enemistades. Fue persona clave en el movimiento de renovación y apertura de la Iglesia católica en Inglaterra. Buscó el contacto de la Iglesia con el mundo, sobre todo, en el terreno cultural, pedagógico y científico.

cuánta suavidad y, sin embargo, con cuánta fuerza a la vez tocaba con su dedo algún lugar del corazón de quienes lo escuchaban y les decía cosas sobre sí mismos que hasta entonces no tenían conscientes. Verdades profundas, para cuya explicación los filósofos necesitaron de grandes palabras y muchas páginas, las decía él como de paso, con un par de frases en el más puro inglés”.

Otro contemporáneo suyo explicaba: “Nosotros sentíamos que sus palabras eran las de un visionario que veía a Dios y las cosas de Dios. Sus palabras se adentraban en nuestros corazones, como el mensaje de un hombre que ha tenido una visión y que participa a sus oyentes de esa imagen sólo vista por él”.

2.2. Segundo Principio

El *segundo fundamento filosófico* del modo de educación de Schoenstatt es el principio fundamental tomista: *Gratia praesupponit naturam; gratia non destruit sed perficit et elevat naturam* (la gracia presupone, no destruye, sino que perfecciona y eleva la naturaleza)¹³.

2.2.1. Unión armónica de naturaleza y gracia: La gracia presupone y no destruye la naturaleza

Con esto se toma posición en relación a lo propio de la naturaleza humana y a la gracia que Dios le regala. Hablando con más exactitud, aquí se trata del ideal de la *unión armónica, orgánica y rítmica de la naturaleza y la gracia*. Esto quiere decir que, según la intención de Dios, el hombre redimido pertenece a ambos órdenes, al orden de la naturaleza y al de la gracia. Según lo enseña la teología, la relación entre ambos órdenes en el individuo es: originaria, obligatoria, eficaz y unitiva (u orgánica).

2.2.1.1. Una unión originaria

Una *unión originaria*: es decir, según el plan divino, el hombre jamás debió existir sin la gracia. Más exactamente: al nacer debía ser inmediatamente acogido e incorporado al orden de la gracia. La unión interior de ambos elementos debía ser indisoluble. Y, finalmente, debería desembocar y ser coronada en la “visio beata”¹⁴.

2.2.1.2. Una unión obligatoria

El pecado original hizo que este orden de ser planeado por Dios quedase destruido. Por tratarse de algo planeado por Dios con carácter *obligatorio*, la esencia del pecado original radica en la destrucción de esa planeada “bi-unidad”¹⁵. Se la define como *privatio boni debiti* (privación de un bien debido). Lo que importa aquí es la última palabra. En la unión entre la naturaleza y la gracia se trata de un bien al que — según el plan divino — está obligada la naturaleza humana.

¹³ Este axioma viene de Santo Tomás de Aquino. Se encuentra en la Suma Teológica I,2,2 ad 1; I,1,18 ad 2; I,62,5c; II,171,2 ad 3. En la segunda cita dice más exactamente Santo Tomás: “La gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona y suple el defecto de la naturaleza”. En la segunda: “...la gracia eleva la naturaleza”. Este axioma es citado normalmente en la forma que aparece en el texto del P. Kentenich.

¹⁴ Se habla de “visio beata” (visión beatífica) para designar la contemplación de Dios cara a cara, en todo se esplendor y grandeza, que tendremos de él en el cielo. Esa visión colma el alma de felicidad y gozo.

¹⁵ El P. Kentenich usa a menudo la expresión “Zweieinheit” no común en el idioma alemán. Se refiere a que dos realidades (Zwei) forman un todo unido (Einheit = unidad) conservando cada una su identidad. La aplica especialmente a la indisoluble unidad entre Cristo y María. Ambos forman una “bi-unidad”. Aquí el término se aplica analógicamente a la unidad entre naturaleza y gracia.

Sin embargo, habiendo roto esta unidad los primeros padres en forma voluntaria y sacrilega o culpable — se habla por consiguiente de “privatio” o de un despojo culpable e injusto — se traspasó e incorporó en forma misteriosa, la situación que hemos descrito, a la naturaleza de los descendientes de Adán. Por eso, hablamos de culpa personal en relación al pecado original sólo cuando nos referimos a Adán y Eva. En relación al resto de su descendencia, sólo existe una culpa de la naturaleza. El hecho como tal está fuera de duda. Su explicación intrínseca, sin embargo, queda velada para nosotros. El pecado original es y sigue siendo un misterio, incluso para los cristianos. Se comprende entonces que allí donde la luz de la fe se ha extinguido o debilitado, también corre la misma suerte la capacidad para captar el peso de la culpa original.

Para el creyente cristiano, sin embargo, es un hecho indiscutible que, en el orden presente, el hombre no tiene el derecho de renunciar a la gracia. En el fondo no puede sostener con los socialistas: “El cielo se lo dejamos a los ángeles y a los gorriones”. Es decir, renunciamos a la visión beatífica. En el mejor de los casos nos contentamos con una felicidad eterna natural. Por el contrario, sostenemos firmemente que, *al perder el hombre su fin sobrenatural, pierde, al mismo tiempo, su fin natural*. En definitiva, existe para él la felicidad eterna o desdicha eterna; cielo o infierno.

Así debería quedar nítidamente clara la importancia que tal concepción tiene para la educación. Basados en ella, cuán plenas de contenidos resuenan estas palabras: *debemos educarnos a nosotros mismos y a nuestros hijos, no sólo para la vida terrena sino también para la eterna*.

2.2.1.3. Una unión fecunda

Designamos la unión entre la naturaleza y la gracia como una unión extraordinariamente *fecunda*. La naturaleza es portadora de la gracia. Esto significa que la gracia no existe para sí misma; según su esencia está ordenada a la naturaleza humana. Esta última también codetermina, en no pequeña medida, la dirección y la meta de la gracia. De este modo se hace comprensible el axioma citado más arriba: “*Gratia praesupponit naturam*” y “*Gratia non destruit naturam*” (“La gracia presupone la naturaleza” y “la gracia no destruye la naturaleza”).

2.2.1.4. Una unión orgánica¹⁶

Como cuarta propiedad de la relación armónica entre naturaleza y gracia debemos mencionar la *unidad* entre ambas.

2.2.1.4.1. Modalidad de la unión

Con ello se quiere expresar que ambas no existen una junto a la otra o sobre la otra, como dos pisos de un edificio o como dos piezas separadas.

Pero tampoco se compenetran la una en la otra de tal modo que se pueda hablar, en el pleno sentido de la palabra, de una fusión.

Más bien se acostumbra decir que se unen mutuamente constituyendo *un solo principio de acción, sin perder por ello su originalidad*. Por eso el pedagogo debe cuidar que la meta natural y sobrenatural, y que la motivación natural y sobrenatural, se unan y repercutan la una en la otra en la debida forma.

La “Santidad de la Vida Diaria”¹⁷ habla, por eso, de una *motivación final* y de una *motivación particular*. La motivación final es el amor, la particular es distinta según sean las características propias de cada virtud. Es una obra maestra de la educación saber unir siempre ambas motivaciones en forma correcta y preservar a la educación de los peligros de un sobrenaturalismo extremo o de un peligroso naturalismo.

¹⁶ [En el original aparece después de “un sacrificio heroico” pero con esta numeración. Yo he decidido ponerlo, entonces, en su lugar correcto.]

¹⁷ Nailis, Santificación de la Vida Diaria, Herder, Barcelona, 1976, sexta edición en castellano.

2.2.1.4.2. Leyes del crecimiento orgánico

El principio que hemos expuesto determina, en el orden de ser objetivo y por eso, simultáneamente, en la forma de educación, no sólo la relación armónica, sino también la relación orgánica entre la naturaleza y la gracia.

Aquí nos referimos, ante todo, a *las leyes del crecimiento* del alma. Normalmente son tres. En general, se trata de un crecimiento *lento*, de un crecimiento desde *adentro* y de un crecimiento *a partir de una totalidad orgánica orientado hacia una totalidad orgánica*. Este crecimiento integral se realiza normalmente *siempre al mismo tiempo, pero no en la misma proporción*.

Sin embargo, debido a que en todo este proceso intervienen dos factores principales, Dios y el hombre, y sobre todo que Dios es soberanamente libre en cuanto a su intervención en la formación del hombre, teológica y filosóficamente, se habla de una *“ley de los estadios (o etapas)”*. Esta nos dice que *el lento desarrollo orgánico periódicamente es interrumpido* al producirse de improviso en la vida del alma, fuertes e inesperadas irrupciones. Cuando menos se espera, antes de poder captar todo el contexto, uno se encuentra trasplantado repentinamente a un nivel superior y desconocido, donde se siente cobijado en un mundo nuevo y en un nuevo ritmo vital.

Ya que nos hemos referido a Newman, sea tomado aquí una vez más su desarrollo espiritual como ejemplo. Su padre era masón, de ahí que Newman creciera en una familia muy liberal. En verdad, debe decirse que hasta cumplir los 16 años se encontraba en una situación de completa arreligiosidad. Así lo afirma él mismo: “Con gusto quería vivir virtuosamente, pero no quería ser piadoso. En lo que yo imaginaba con el ser piadoso había algo que no me gustaba”.

En el año 1816 experimentó una irrupción de gracias y un crecimiento interior, en el sentido de la ley de los estadios que hemos mencionado. Sin preparación especial fue repentinamente captado con tanta fuerza por el ser y la acción de Dios, que más tarde reconocía que la inesperada conversión y el cambio de su vida tuvo lugar “bajo impresiones de carácter dogmático que, gracias a la misericordia de Dios, nunca se extinguieron ni se opacaron”.

Agrega su biógrafo: “En esta conversión significativamente no se trata de un ‘despertar sentimentalista’ — tal como el que muchas sectas inglesas han tratado y tratan de alcanzar — sino ante todo, de un conocimiento predominantemente intelectual que luego, ciertamente, captó todo su corazón y cambió fundamentalmente su actitud. De ahí en adelante fue un ‘homo religiosus’ que siempre orientó su vida cada vez con más fuerza y radicalismo hacia la realidad de Dios”.

Cambios de este tipo, que son siempre expresión de la ley de los estadios, nos traen a la memoria la experiencia de San Pablo en Damasco. No es algo de todos los días. Pero no hay que creer, tampoco, que es algo que sólo ocurre de tarde en tarde. Dado que normalmente las personas cubren su interior con un velo, es claro que tales vivencias no se conocen tan fácilmente, salvo que la vida exterior da testimonio de ello en forma visible.

Si se quiere tener un ejemplo concreto de la ley de la unión orgánica de naturaleza y gracia, así como de la ley del crecimiento orgánico de ambos elementos, a fin de estudiarlas más a fondo, entonces léase con detenimiento la “Doctrina de la Educación de Schoenstatt”, que Menningen ilustra con la vida de José Engling¹⁸. Ya el mismo índice del libro brinda conclusiones dignas de ser tenidas en consideración.

La ley del crecimiento rítmico nos recuerda que en el desarrollo normal del alma no siempre tenemos días de fiesta ni tampoco siempre hay días corrientes. Ambos se alternan mutuamente con un cierto ritmo. Lo mismo vale si se trata de la actividad o la pasividad, o de avanzar con fuerza hacia delante, o de hacerlo en forma lenta y mesurada. El pedagogo sólo debe poseer la capacidad de saber diagnosticar correctamente este tipo de situaciones y de saber adaptarse a ellas en su modo de proceder.

¹⁸ P. Alex Menningen, “Held im Werktag” (Héroe de la vida diaria). Biografía de José Engling. Pallotiner Verlag, Limburgo, 1938.

2.2.2. La gracia perfecciona y eleva la naturaleza

Las demás partes del axioma determinan más exactamente el efecto de la gracia para la naturaleza individual. Podemos decir, en concreto, que la gracia perfecciona y eleva la naturaleza más allá de sí misma, elevándola a un orden de ser sobrenatural.

2.2.2.1. Humanismo cristiano o santidad del día de trabajo

Como resulta evidente, con esto decididamente se toma partido a favor del *humanismo cristiano*. A fin de evitar equívocos, Schoenstatt habla con preferencia del ideal de la “pedagogía del día de trabajo” o de la “piedad del día de trabajo” o de la “santidad del día de trabajo”. Por su contenido, *este ideal es equivalente a la idea del humanismo cristiano*.

Tres estrellas son las que iluminan este ideal dándole dirección y norma. Se trata del *sacrificio de la naturaleza, del perfeccionamiento de la naturaleza, del enaltecimiento o sublimación de la naturaleza*.

2.2.2.2. El humanismo requiere sacrificio de la naturaleza

Si uno habla del humanismo cristiano sin precisar sus límites, se corre el gran peligro — sobre todo hoy día — de no tomar en cuenta para nada la necesidad del sacrificio de la naturaleza. Se olvida que nuestra naturaleza, desde el pecado de Adán, es una naturaleza caída, una naturaleza cargada con el pecado original, una naturaleza interiormente dividida, que no puede alcanzar la madurez de su perfección ni de su sublimación sin el sacrificio de sí misma.

El sacrificio de la naturaleza ha de ser esclarecido, orgánico y heroicamente vigoroso.

2.2.2.2.1. Un sacrificio esclarecido

Debe ser siempre un sacrificio *esclarecido*, es decir, recibe luz del axioma ya mencionado. Esto significa que prefiere aquellas formas de mortificación o de vencimiento de sí mismo o de purificación y penitencia que sean apropiadas, a fin de poder alcanzar la perfección de la naturaleza individual y hacerla crecer en el mundo de su sublimación sobrenatural.

También el humanismo cristiano exige como ley indispensable de construcción y de orientación, la mortificación, el espíritu de sacrificio y los actos de sacrificio. También para el humanismo cristiano el ennoblecimiento y la sublimación de la naturaleza exigen pagar el precio de un esclarecido sacrificio de sí mismo. Igualmente ha de tener en cuenta un proceso vital que Hettinger¹⁹ expresara de manera clásica, a modo de una ley ineludible, cuando decía: “Humanidad sin religiosidad se torna en brutalidad”. Más exactamente: Así como no puedo a la larga ennoblecer profundamente mi naturaleza sin sacrificarla, del mismo modo, la naturaleza está condicionada a la sublimación o a la gracia, si no quiere degenerar en una animalidad salvaje.

Lo que ocurre hoy en las naciones gobernadas dictatorialmente confirma perfectamente esta ley. ¡Cuán a menudo se soñó en el pasado con un progreso ilimitado en el plano natural, y cuántos hombres cultos de renombre se entusiasmaron por lo mismo! Si queremos saber cómo se da esto en la práctica, sólo necesitamos mirar con mayor atención lo que ocurre en los países detrás de la cortina de hierro o en los campos de concentración.

En sus cinco tomos de la apología del cristianismo, Weiss se guió por el siguiente pensamiento: Primero hombre, después cristiano, sólo entonces plenamente hombre. Quiere decir que si pretendo ser un hombre completo, perfecto, entonces debo esforzarme en ser un perfecto cristiano.

¹⁹ Franz Seraph Hettinger, nacido el 13.1.1819 en Aschaffenburg, muere el 16.1.1890 en Würzburg. Ordenado sacerdote en 1826. Profesor de iniciación a la ciencia, de apologética y de dogmática. Consultor en Roma. Brillante profesor, predicador y orador. Sus escritos de apología son muy actuales y tienen méritos por su sicología e historia de la religión. Su obra principal es “Apología del Cristianismo”.

Si no mantengo siempre, con toda firmeza, estas verdades, el peligro es grande de que la brutalidad con el tiempo degenera en bestialidad. La cultura moderna aporta un sinnúmero de pruebas que confirman esto.

En la práctica, el sacrificio de la naturaleza — que está unido al ennoblecimiento de la naturaleza y que con ello recibe medida y dirección —, ha de darse, ante todo, en la línea de la pasión dominante y del temperamento. Ambos no pueden ser ennoblecidos sin que las desviaciones sean podadas.

En resumen, también para el humanista cristiano o el santo de la vida diaria es válida la antigua y sabia sentencia adecuadamente aplicada: *la gracia construye sobre las ruinas de la naturaleza*. No es la naturaleza en sí misma la que debe y puede ser destruida, sino únicamente sus desviaciones, lo que se degenera y las tendencias a idolatrarse a sí misma.

2.2.2.2.2. Un sacrificio orgánico

El sacrificio de la naturaleza ha de ser *orgánico*. Esto significa que no puede ser hecho a tontas y a locas. No se lo cultiva en virtud de sí mismo, sino en razón de un bien más elevado. Ha de estar unido más bien con el perfeccionamiento y la sublimación de la naturaleza. Igualmente debe hacerse dependiente de los estímulos de la gracia. Además, está sometido a la ley del discernimiento de los espíritus. Y sabe, por otra parte, de la “*unidad de tensión*” entre *mortificación activa y mortificación pasiva*; de la unión entre *el método de iluminación y el método de oscurecimiento*; así como la alternación entre *acción a propósito y acción sanamente instintiva* (agere a proposito et agere a natura)²⁰.

La conciencia nacional inglesa ha acuñado una expresión propia para el ideal humanista, se habla del “gentleman”. La definición que cada estudiante británico debe aprender de memoria es muy elocuente y comienza con las palabras: Es casi la definición de un “gentleman” decir que éste es alguien que nunca causa dolor a otros.

2.2.2.2.3. Un sacrificio heroico

El sacrificio de la naturaleza debe ser *vigorosamente heroico*. Así lo exige el desorden de nuestra naturaleza herida por el pecado original, así lo exige la doctrina y el ejemplo de Cristo — que puede ser considerado modelo del humanismo cristiano —, así lo exige también el ideal del auténtico cristiano, expresado por el Hombre-Dios, nuestro Maestro, de la siguiente manera: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”²¹. No puede colocarse más alto el ideal un humanista cristiano.

El segundo axioma tomista no es únicamente el fundamento sólido para el ideal de la espiritualidad del día de trabajo, sino también para la espiritualidad instrumental o un sano instrumentalismo. Dicho axioma se refiere continuamente al orden de la creación y al orden de la gracia. Y en ambos casos siempre indica — al menos indirectamente — hacia el Creador y Padre de ambos órdenes, es decir, hacia Dios. De este modo tenemos ante nuestros ojos al hombre no sólo como reflejo, sino también como instrumento de Dios. Por lo tanto ha de ser visto, tratado y educado de tal manera que su carácter instrumental llegue a expresarse en él del modo más perfecto posible.

²⁰ Paréntesis del original. La mortificación activa se refiere a aquella en la cual la persona misma toma la iniciativa, imponiéndose una renuncia o sacrificio. La mortificación pasiva se da cuando la persona “padece” o “sufre” una carencia o limitación causada por otro agente. Tras ella debe saber descubrir la voluntad de Dios que dispone o permite esa limitación en vista de un bien. El método de la iluminación es el que busca destacar o hacer brillar la luz del ideal, de tal modo que desaparezcan por sí solos los falsos ideales o los ídolos. El método del oscurecimiento, en cambio, se refiere a la lucha directa contra las desviaciones o vicios. “Agere a proposito” significa actuar a partir de una decisión clara y consciente de la persona, a fin de superar un obstáculo o conquistar una determinada meta. El “agere a natura” es la acción que brota espontáneamente de la persona impulsada por sus instintos sanos o sus hábitos virtuosos.

²¹ Mt. 5,43.

A modo de conclusión, queremos subrayar el hecho de que la literatura de Schoenstatt ha producido dos obras que se ocupan extensamente con el ideal de la espiritualidad del día de trabajo y la espiritualidad instrumental²². Ambas constituyen un único sistema. En cada caso se parte de un punto de vista diferente y se esboza de manera original un sistema pedagógico global.

2.3. Tercer principio

El *tercer fundamento filosófico* del sistema de educación de Schoenstatt se basa en último término en el principio fundamental del “*ordo essendi est ordo agendi*”.

Schoenstatt saca de este principio fundamental, consecuencias teológicas y filosóficas esenciales y las convierte en fundamento y núcleo central de su estilo de educación.

2.3.1. La ley fundamental del mundo

Al proceder de este modo se orienta según el pensamiento salesiano, el cual se esfuerza en investigar las últimas y más profundas relaciones metafísicas entre la imagen original divina y su reflejo y semejanza humana, buscando hacerlas fecundas para la pedagogía.

Con Francisco de Sales²³, el sistema de educación schoenstattiano toma como punto de partida la gran visión de conjunto de San Juan, el águila entre los evangelistas y visionario de Patmos. Todo lo que Juan, el discípulo predilecto del Señor, captó y elaboró sobre la esencia de Dios, en el plano del crecimiento teórico y práctico, a través de la constante meditación y de la convivencia con su Maestro, y todo lo que escribió inspirado por luz divina infusa, lo vertió en la clásica fórmula que expresa lo definitivo: “**Deus caritas est**”²⁴.

Francisco de Sales explica a su manera esta frase de San Juan, tan llena de contenido. Habla del *amor como ley fundamental del mundo* y saca como consecuencia que *el amor debe llegar a ser la ley fundamental de nuestra vida y de nuestra educación*. La consecuencia se pone en práctica según el axioma: *Ordo essendi est ordo agendi* (el orden de ser determina el orden de actuar).

Como siempre, también en este caso es el ser el que determina el querer y el deber. Francisco de Sales razona de la siguiente manera: Si en Dios el amor es fundamento de todo fundamento, o el último y supremo fundamento y motivación para todo su actuar — esto es lo que quiere significar la palabra “ley fundamental del mundo”, más exactamente: el último motivo de todo motivo — entonces, algo semejante debe ocurrir con el hombre, ya que éste es imagen de Dios. Imagen también en cuanto al lugar y a la valoración del

²² El P. Kantenich describe la espiritualidad de Schoenstatt, diciendo que es una espiritualidad “tridimensional”: abarca la Alianza de Amor, la Piedad Instrumental y la Santidad de la Vida Diaria. La alianza de amor es el núcleo: la estrecha relación de amor entre Dios y nosotros asegurada y expresada en la Alianza de Amor con María. La Piedad Instrumental acentúa que en la alianza, voluntariamente, nos queremos hacer dependientes por entero del Señor y de María, dejándonos utilizar libremente por ellos, para cooperar con todas nuestras fuerzas en la construcción del Reino de Dios aquí en la tierra. Un “sano” instrumentalismo destaca que nuestra dependencia brota de la libertad, guardando así nuestra integridad personal. No nos “dejamos utilizar servilmente”, sino libremente nos ponemos a disposición del Señor y somos enaltecidos por él como su colaboradores. La Santidad de la Vida Diaria especifica que la Alianza de Amor y la entrega instrumental se lleva a cabo en las condiciones normales de la vida diaria de acuerdo a las leyes de la armonía entre naturaleza y gracia.

²³ Francisco de Sales, nacido en el castillo de Sales en Thornes, Saboya en 1567, murió en Lyon en 1622. En 1594 misionero entre los calvinistas cerca de Génova. En 1602 obispo de Génova. Junto con Santa Juana de Chantal fundó en 1610 las Monjas de la Visitación. Se caracterizó por su gran humanismo. Dentro de sus obras destaca: *La Filotea* o *Introducción a la vida devota* y *El Tratado del Amor de Dios*.

²⁴ Dios es Amor (I Jn. 4,8).

amor. Por eso, también en el hombre, el amor es y tiene que ser el instinto originario más esencial, que domine y oriente todos sus demás instintos primarios, ante todo, el de temor, el de plasmación creadora y el de desarrollo.

2.3.2. Dios es Amor

Dicho en otras palabras: *todo lo que Dios hace, lo hace ante todo, por amor, por medio del amor y para el amor.*

Wöhrmüller describe esta feliz verdad de la siguiente manera: “El cristianismo y todos sus hechos básicos, tanto la Encarnación como la muerte del Dios hecho hombre, nos han dejado en claro que no hay palabra humana que se acerque más a la insondable esencia de Dios, que aquella antigua y cercana palabra amor”. Entre todas nuestras pobres e inadecuadas expresiones, esta palabra sigue siendo la mejor expresión para manifestar lo más íntimo y misterioso de la vida y esencia de Dios. El Dios que se ha revelado en la vida de Jesús no es, en primer lugar, ni sabiduría, ni justicia ni eternidad ni omnipotencia, sino amor... un amor que cuida de los gorriones y viste los lirios y se deja crucificar por los hombres, un amor que ha creado el mundo, que lo conserva, que lo hace feliz, un amor que abarca el cielo y la tierra.

Pero cuando el amor se nos revela como aquello que se acerca más y mejor a lo que Dios mismo es ¿podría entonces dejar de ser lo más alto y lo más grande, lo más bello y lo más valioso que hay en el mundo? Puede ser que otras cosas sean grandes y costosas, más magníficas o más santas pero, lo más grande es y sigue siendo aquello que más se acerca a lo que es Dios, el amor.

A fin de explicitar un poco más algunos puntos en particular, vamos a repetir:

Primero, *toda acción de Dios surge y es hecha, ante todo y en forma singular, por amor.* Con ello no afirmamos que no estén presentes también otros motivos. Pero, éstos no ocupan el primer lugar. Sin excepción, todos están en segundo plano. Esto vale también y en forma especial, respecto a la justicia y a la omnipotencia de Dios. Están al servicio, dependen siempre y en forma decisiva del amor, y siempre y en todas partes son movidas y normadas por el amor. Así debemos interpretar la primera parte de la ley fundamental del mundo: *todo por amor.*

Segundo, *todo por medio del amor...* Esta es la segunda parte de la ley fundamental del mundo. Significa que Dios actúa siempre en el mundo natural y sobrenatural a través de hechos de amor claramente visible y palpables. Los actos de justicia y de omnipotencia han de ser considerados siempre en segundo lugar. Sin embargo, si se hacen presentes, nunca están solos, nunca existen separados del amor divino. El amor los sostiene, los inspira, los conduce, el amor codetermina de manera eminente, su medida y su forma.

Tercero, *todo para el amor...* Esta es la tercera parte de la ley fundamental del mundo. Nos recuerda que el fin último que el Padre Dios persigue con todo lo que hace para educarnos, con todo lo que dispone o permite, con todos los sucesos del gran acontecer mundial y con lo que ocurre en la pequeña historia de nuestra vida personal, así como con todos los hechos de la historia de salvación, posee sólo un objetivo: *lograr una unión de amor con el hombre lo más perfectamente posible, ya aquí en la tierra y, finalmente, en la eternidad por toda una eternidad.*

El Dios eterno e infinito encuentra en esta misteriosa unión de amor entre Padre e hijo, entre Creador y creatura, su mayor y más perfecta honra y glorificación.

2.3.3. El hombre debe hacer, a semejanza de Dios, todo por, a través y para el amor

De modo semejante la ley fundamental del mundo tiene igual vigencia para la imagen de Dios: el hombre. Por su carácter de imagen de Dios lógicamente resulta que dicha ley ha de llegar a convertirse primeramente en ley fundamental de vida y luego, en ley fundamental de la educación.

No debería ser difícil sacar de ello, en particular, consecuencias para la vida personal y la actividad educadora.

En el primer caso — en la conducción de la propia vida — tiene inmutable validez el principio: lo que hago y dejo de hacer, lo que digo, lo que arriesgo, nace siempre primariamente de un movimiento de amor.

El motivo del temor vale sólo como motivo concomitante, y ha de ser integrado siempre dentro del marco del amor. Lo mismo vale de la humildad. Si se la separa del amor, de pronto se degenera, llegando a convertirse en complejo de inferioridad, que se manifiesta en aplastantes tendencias de desvalorización.

Ante todo respondo al amor de Dios con hechos de amor. No es que otros actos queden excluidos, ya sea que ellos nazcan del temor, de la humildad o de otras virtudes. Pero siempre deben ser sumergidos en el amor de Dios y “bautizados” por el amor de Dios. Puedo perseguir en mi vida múltiples fines. *El fin último*, sin embargo, es y sigue siendo *la unión de amor* con Dios. Ignacio de Loyola lo expresa así: “Buscar a Dios, encontrarlo y amarlo en todas las cosas y en todos los hombres”²⁵. Esto vale no sólo para aquellos que se han consagrado a Dios, sino para todos los hombres.

El educador que en su interior está enteramente compenetrado por la ley fundamental del mundo o que la ha convertido en su actitud fundamental, marcha por buen camino. En toda su actividad tiene siempre una clara meta ante sus ojos, aún en las situaciones más difíciles. Nunca llegará a convertirse en una caña que el viento agita hacia cualquier lado. Puede ser que múltiples motivos lo impulsen en su actividad de educador. Puede ser que busque con ello asegurar su situación económica, puede ser que encuentre una alegría espontánea en el contacto con la juventud, puede ser que siga un impulso interior hacia la docencia... Estos y otros motivos semejantes pueden estar vivos en él. Pero todos ellos, sin excepción, deben llegar a unirse en un doble amor: el amor a Dios y el amor a su imagen en los suyos. Este amor quiere y debe llegar a iluminar todo, debe traspasar y animar al educador desde la cabeza hasta la punta de los pies. Ha de ser un amor extraordinariamente personal, cálido, dispuesto al sacrificio y vigoroso.

El amor simplemente no sólo es el mayor poder en el cielo y en la tierra, sino que ha de ser visto y valorado como el gran poder creador en la educación. No en vano se escucha en el movimiento de Schoenstatt que *educadores son hombres que aman y que nunca dejan de amar. Los verdaderos y auténticos educadores son genios del amor...*

Pero éste quiere ser *un amor que impulse a los hechos*. Así lo exige la segunda parte de la ley fundamental de la educación: *todo por medio del amor, es decir, a través de hechos de amor*.

2.3.4. Ejemplos que ilustran la práctica de la ley fundamental

Así lo expresa *Don Bosco* cuando llama a su pedagogía “hija del amor”. En su testamento lo formula del siguiente modo: “Si quieres que se te obedezca, debes lograr ser amado (lo mismo vale en relación a todas las demás virtudes morales)²⁶. Si queréis ser amados, entonces debéis amar. Y esto solo no basta. Debéis dar un paso más: vuestros educandos no sólo han de ser amados por vosotros, sino que deben llegar a darse cuenta de ello. ¿Cómo ocurre esto? Debéis preguntárselo a vuestro corazón, él lo sabe”.

²⁵ Ignacio de Loyola (Iñigo López de Loyola) nacido el año 1491 en el castillo de Loyola en la provincia vasca. Se educó en la corte. De 1518 a 1521 oficial del Virrey español de Navarra. Herido en una pierna por una bala de cañón el 20 de mayo de 1521 en Pamplona. En el tiempo de restablecimiento se convirtió y se decidió por la entrega radical a Dios. Ordenado sacerdote en 1537. Fundador de la Compañía de Jesús. Persona fundamental, junto con su obra, para la renovación de la Iglesia. De gran influencia en la aplicación del Concilio de Trento. Su influencia ha perdurado a través de los siglos. Puso su fundación en forma especial al servicio del Papa. Dejó como regalo imperecedero a la Iglesia sus Ejercicios Espirituales.

²⁶ Paréntesis del original.

Sailer²⁷, uno de los educadores más grandes del pasado, acuñó como imperativo esta frase: “Si quieres educar hombres, ¡sé tú mismo un hombre!”. Este imperativo era el núcleo de su doctrina de la educación. No solamente supo expresar con claridad lo que entendía por ser hombre, sino que supo también vivirlo en forma única. Era un genio del corazón y un genio del amor. Concebía el ser hombre ante todo como poder de educación. Su biógrafo afirma de él: “era un hombre que irradiaba tanto amor que atraía en forma irresistible a todos aquello que se le acercaban. Aún poseemos muchos testimonios de discípulos suyos que confirman esta inusitada fuerza de atracción”.

“Así escribe Josef von Mets: ‘Desde el primer instante Sailer me acogió con mucho amor y en poco tiempo me atrajo con todo mi ser hacia sí; junto a él me sentí feliz y de cada encuentro con él salí con nuevas luces y fortalecido. Tenía entonces un espíritu tan alegre, hablaba en forma tan libre y radiante, que poseía como una fuerza mágica. A quienes se le abrían y lo recibían, también se comunicaba por entero”.

“Christoph von Schmid, que llegara como huérfano, cuenta: ‘Es de admirar con qué rapidez y constancia supo ganarse la veneración, el amor y la confianza de los estudiantes. Él era pura amistad, nacida de un corazón benignísimo. La alegría que irradiaban sus ojos era expresión de un espíritu que no había sido enturbiado por ninguna pasión terrena, sino, por el contrario, denotaba un sentir totalmente celestial; su rostro revelaba la paz de una buena conciencia. Sólo una conciencia pura y la confianza en Dios pueden generar una alegría tan perfecta... El momento en que vi a Sailer por vez primera, ha quedado imborrable en mi memoria... Despertó en mí la máxima confianza hacia él. Desde ese momento se preocupó por mi bienestar tanto para esta vida como para la otra, como si fuera mi padre, e hizo tanto por mí, que mi propio padre no podría hacer hecho tanto como él supo hacerlo por mí”.

“Otra persona que lo conoció dijo luego de una visita: ‘En todo su comportamiento no hay absolutamente nada de tensión, él es pura alegría y amistad, esto es algo tan enteramente espontáneo en él, que ha llegado a convertirse como en su propia naturaleza. Desde el primer instante que lo conocí, despertó en mí tal confianza como si fuera mi padre o mi hermano”.

“Josef Guggemos confesaba: ‘No conozco persona alguna que supiera como él enderezar la caña quebrada y reavivar la mecha que aún humea. Tenía el don de discernimiento de los espíritus en forma sobresaliente; nunca despertaba rechazo sino que siempre atraía, no hacia su persona o su partido, sino siempre a lo que era verdadero, bueno, bello, a Dios, a Cristo, al Espíritu Santo y a su Iglesia”.

Porque Sailer no buscaba nada para sí, sino que con amor inagotable regalaba todo su corazón y sus dones a los suyos, al mismo tiempo llegaba hasta él, como una respuesta de parte de los suyos, una corriente extremadamente cálida de amor. Su séquito supo darle el honroso nombre de “padre”. El amor paternal despertó y acrecentó un gran amor filial... Uno de sus discípulos confesaba más tarde: “Cada uno de los que tenían un trato cercano con Sailer podía sentirse amado y protegido por él de modo especial”.

Igualmente también se podría decir al revés: la mayor ambición de cada alumno era amar al padre más que los otros.

²⁷ Johann Michael Sailer. Nacido el 17 de noviembre de 1751 en Aresing, cerca de Schrobenhausen, murió el 20 de mayo de 1832 en Regensburg. Ordenado sacerdote en 1775. Profesor de dogmática, pastoral y ética. Obispo auxiliar en 1822. Vicario General en 1825. Obispo de Regensburg en 1829. De sólidos fundamentos y principios, profundo conocedor de la Escritura y de los Padres de la Iglesia. Personalidad muy rica que ejercía una gran fuerza de atracción sobre quienes le rodeaban o se acercaban a él.

3. LA ACTITUD FUNDAMENTAL DEL EDUCADOR: LA PATERNIDAD SACERDOTAL

3.1. El concepto de paternidad: perspectiva filosófica y teológica

Con esto ya nos estamos refiriendo a la actitud fundamental que Schoenstatt exige de sus educadores: *la actitud de la paternidad sacerdotal*.

La palabra sacerdotal tiene dos sentidos. Puede ser considerada desde un punto de vista filosófico o teológico.

En el primer caso, en el sentido de una acentuada filosofía del ser, significa el *estar enraizado en forma inquebrantable en últimos principios metafísicos del ser*, que según la ley “*ordo essendi est ordo agendi*”, determinan la vida y la doctrina. Afirmando ambas sobre un fundamento de roca, dan de esta manera, en un tiempo de creciente confusión espiritual, tanto al educador como al educando, firmeza, cobijamiento y seguridad ante la vida.

Ciertamente es un riesgo situarse hoy en día en esta perspectiva. Se encuentran relativamente pocos defensores de una “*philosophia perennis*”. En todas partes — o casi siempre — se habla de un conocimiento experimental, de una filosofía existencial, de teorías del desarrollo absoluto, que no encuentran en el ser ni un fundamento ni un núcleo permanente.

Es evidente que no es tarea fácil recomendar a tales círculos que busquen un fundamento metafísico para su actitud como educadores. El caso se torna aún más complicado si se piensa y considera *la importancia y el fundamento teológico* de la actitud sacerdotal para el educador. En este caso se piensa en una participación marcadamente original del educador en la actividad educadora del Padre Dios, que se prodiga creadoramente regalándose a sí mismo sin medida.

La paternidad determina la mentalidad y la actitud, forma un original estilo de vida y de trabajo, se arraiga siempre en el ser padre que, considerado metafísicamente, es *reflejo y transparencia o participación en la paternidad divina*.

3.2. La filialidad: raíz y fundamento de la paternidad

Normalmente esta paternidad llega a ser plena y alcanza su expresión más honda cuando *una experiencia religiosa de filialidad ante el Padre Dios la ha precedido y acompañado*.

Esto quiere decir, en general, que a la larga, sólo puede llegar a ser padre, en el pleno sentido de la palabra, aquel que posee, en forma permanente, una profunda vivencia de hijo ante el Padre Dios.

Pero casi siempre tales experiencias de filialidad sobrenatural *suponen vivencias semejantes en el plano natural* o en relación a transparentes humanos de Dios.

Según la ley de la transmisión de sentimientos, una experiencia negativa de paternidad en relación al transparente humano condiciona esencialmente la relación con Dios. Por eso puede afirmarse con propiedad que *tiempos sin padres son tiempos sin Dios*. Casi necesariamente tales tiempos están condenados a engendrar en gran escala ateos de todo tipo. Al revés, también vale la afirmación de que tiempos plenos y ávidos de paternidad son tiempos plenos y ávidos de Dios.

3.3. La tragedia de la cultura actual: la carencia de auténticos padres

Si mantenemos esta perspectiva ante nuestra mirada, comparándola con la posición que ocupa el padre en la cultura moderna, no es difícil formular la importante aseveración: *la tragedia del tiempo actual es, en el fondo, la tragedia del padre*. En forma creciente vivimos y nos movemos en un tiempo sin padre.

3.3.1. Caricaturas de la paternidad

El padre se convierte cada vez más en una figura trágica en la literatura y en la vida. Basta recordar la frecuencia con que las revistas cómicas se ocupan de él y las caricaturas que exhibe continuamente la televisión. Tanto en uno como en otro caso se muestra una imagen desfigurada de lo que significa ser padre y de la auténtica paternidad. Se le ve, es cierto, bien intencionado, pero no pasa de ser un torpe personaje que ha fallado totalmente en el ejercicio de su autoridad paternal como instancia decisiva en la vida familiar. Es objeto de burla y, en el mejor de los casos, objeto de compasión para la mujer y el hijo, especialmente para las hijas mayores.

3.3.2. Raíz histórica

¿Cómo se ha llegado a esta trágica situación?

Es un largo proceso el que ha conducido a este lamentable asesinato moral del padre, el cual a su vez ha traído como consecuencia las dificultades originadas por su carencia.

Nos llevaría muy lejos querer profundizar aquí esta cuestión. La revolución francesa²⁸ representa un cierto hito histórico culminante en este devastador proceso. En verdad, con éxito extraordinario logró sustraer al hombre y a la humanidad el derecho a experimentar el poder de amor paternal, e impulsarlos, bajo el lema “libertad, igualdad, fraternidad”, a asociarse libremente, como individuos libres, como los “hermanos”, *en contra del padre*.

La devastadora y envenenada opinión pública que resultó de todo ello encontró en la persona de Carlos Marx un exponente fuertemente contaminado con esta realidad²⁹. Como hijo de su época, fue él también un hombre profundamente perturbado en su capacidad de amar.

Carlos Marx asimiló de su tiempo los problemas que acarrea la carencia de padre y la protesta contra el padre, — cosas que fueron confirmadas por propia experiencia personal — y proyectó esta devastadora carencia de padre en su tiempo, convirtiéndola, por la poderosa influencia que ejerció en su siglo, simplemente en destino para la humanidad.

3.3.3. La enfermedad de nuestra época: la incapacidad de amar

En nuestros días se ha ido confirmando cada vez más la siguiente experiencia: quien en su vida, sobre todo en su infancia y años de desarrollo, ha tenido que sufrir gran carencia de amor y hambre de amor, normalmente permanece enfermo a lo largo de toda su vida en cuanto a su *capacidad de amar*.

Por eso, con razón se habla hoy en día en todas partes de *la dificultad, de la debilidad o de la incapacidad de contacto del hombre moderno*.

No es esta una enfermedad contagiosa de tipo corriente, sino que debemos catalogarla como *una tremenda epidemia que penetra en todas partes*, causando daño no sólo en las

²⁸ 1789.

²⁹ Carlos Marx (1818-1883), de origen judío alemán. Estudió derecho y filosofía; emigra a París y luego a Bruselas. Allí redacta junto con Engels el “Manifiesto Comunista”. Expulsado de Bélgica vive desde 1848 en Londres, donde escribe “El Capital” y funda la “Internacional de Trabajadores”. Es el creador, partiendo de Feuerbach y de la dialéctica hegeliana, del materialismo histórico y del socialismo científico (marxismo).

relaciones interpersonales sino también en el seno sacrosanto de la familia. Cuán a menudo hay que reconocer que los padres de hoy son ya hijos de padres que cuentan con una capacidad de amar perturbada. No hay que admirarse, entonces, cuando sus hijos “en lo más profundo de su ser ya no cuentan con el poder del amor, sino a menudo tan sólo intentan torpes y conmovedores gestos de amor”.

Es superfluo indicar que aquí sólo queremos señalar la dirección hacia la cual el actual desarrollo se va moviendo con velocidad vertiginosa. Es evidente que aún existen muchos matrimonios y familias — a modo de islas — en los cuales la situación se presenta de modo más favorable. Pero ¿cuánto tiempo podrán resistir aún a la epidemia?

3.4. El renacimiento de la paternidad: una tarea histórica

De este modo podemos comprender porqué *la preocupación por hacer nacer de nuevo al padre constituye una de las tareas más centrales de toda la educación.*

3.4.1. Prioridad sobre otras tareas

Ciertamente existen muchas otras inquietudes tocantes a la formación y educación del varón. Todas ellas — a veces más, a veces menos — tienen su importancia. Por eso, no queremos dejar de verlas ni tampoco eliminarlas. Pensemos, por ejemplo, en la cuestión muy actual de la formación de adultos o en las exigencias que plantea el apostolado de los laicos. Préstese, además, atención al hecho de que en toda la Iglesia se buscan varones que lleguen a ser apóstoles. El Papa y los obispos aprovechan toda ocasión propicia para poner esto de relieve. Recuérdese la clara misión del varón en la actualidad, que radica en dar espíritu, ordenar y acomodar su tarea o su trabajo — que constituye buena parte del mundo técnico de hoy — a la escala de valores objetiva querida por Dios. No olvidemos, finalmente, que la salvación del orden social cristiano en disolución y el cambio profundo de la orientación política dependen, con urgencia, de un vigoroso compromiso viril... Así podría continuar y señalar una tras otra las tareas que hoy en día se exigen del varón. Sin embargo, cada vez debería añadir que todo esto — y mucho más — es urgentemente necesario y conveniente... pero no es lo que debe ser considerado en primer lugar.

En primer lugar está un bien entendido renacer del padre, o dicho en otras palabras, la múltiple y enérgica revivificación de una nueva imagen de padre, tal como lo exige el tiempo actual según el querer de Dios. El clamor que se levanta por educadores educados equivale al clamor por padres auténticos y educados.

Si se quiere dar una respuesta esclarecida a este problema, hay que examinar primero *la enfermedad radical que aqueja al hombre actual.* Investigaciones exhaustivas ponen de manifiesto donde radica el peligroso y último foco de la enfermedad: *la lamentable y creciente carencia de capacidad de amar en forma íntima y vigorosa.*

3.4.2. La educación del varón y la paternidad

Normalmente siempre le ha resultado difícil al varón lograr que un amor auténtico pueda captar y transformar sus poderosos instintos y la fuerza avasalladora que ellos desatan. Esto se explica si se tiene en cuenta su original estructura físico-síquica, diferente al modo de ser y vivir femeninos. Una antigua fábula nórdica llama simbólicamente la atención sobre esta realidad. Afirma que, con ocasión de su bautismo, los antiguos héroes germánicos habrían mantenido su brazo derecho fuera del agua bautismal. Con ello querían expresar que, a pesar del bautismo, fieles a las antiguas costumbres paganas, aunque ahora fuesen cristianos, tenían la intención de seguir abrazando a la mujer y de emplear la espada. Es decir, no querían renunciar a dar rienda suelta a sus instintos desordenados. O, dicho de otra forma, no querían que esos instintos fueran bautizados, a fin de conservar su antigua libertad, sin entregar ni subordinar sus instintos al amor cristiano.

Si se tiene en cuenta esta disposición y fundamento natural, no es de extrañar que el sexo masculino se contagie, rápida y hondamente, incluso a menudo en forma incurable, con

la enfermedad radical, con el bacilo de la epidemia que ataca al hombre moderno: la múltiple disminución de la capacidad de amar...

3.4.3. El hombre masa: fruto de la desvinculación personal

Lo que suele darse como fundamento de las mutaciones del individuo y comunidad en el tiempo actual, al ser examinado más de cerca se revela como síntoma, es decir, como expresión y efecto del mencionado bacilo. Esto se refiere, ante todo, a las crecientes tendencias de masificación que arrancan con violencia al hombre de su vinculación básica y elemental con Dios y con los hombres.

No cabe duda de que, en la medida en que desaparece el amor personal al tú personal humano y al tú divino, se “cosifica” y se instrumentaliza la relación natural — o al menos fundada en su ser — tanto respecto a los hombres como a Dios. De este modo se abre camino al hombre masa sin alma, o sin interioridad, cansado de la libertad, e incapaz de decidir, que puede ser movido de un lado al otro como una caña mecida por el viento de la opinión pública o por el látigo del dictador.

Aquí se encuentra también la raíz de la notable apatía moral, del desenfreno de los instintos, así como también de la exaltación del ídolo femenino que constatamos hay en el mundo.

Allí donde la moral tiene sus raíces y su corona en un verdadero amor, o donde la vida instintiva es gobernada con una sabia y vigorosa disciplina por el amor, se está en camino de convertir al amor, ley fundamental del mundo, en la ley fundamental de la vida y de la educación, dando así al individuo y a la sociedad la impronta querida por Dios.

3.5. Elementos que implica el renacimiento de la paternidad

De estas y otras consideraciones semejantes podemos concluir cuán importante es que vuelva a nacer el padre, en la forma del ser paternal y de la actitud paternal³⁰.

Esto implica tres elementos:

Que vuelva a nacer *el amor paternal, la sabiduría paternal y el cuidado paternal*³¹.

3.5.1. El amor paternal

Sabemos que, en el fondo, el amor paternal crece y se desarrolla en forma amplia y creadora sólo si se orienta continuamente según el amor del Padre Dios. Como ya lo hemos expuesto, éste *presupone un profundo amor filial al Padre celestial*; un amor filial que sabe rezar de todo corazón: “Padre nuestro, que estás en el cielo...”.

3.5.1.1. El amor filial, puente hacia Dios Padre

Recuérdese una vez más que, según el curso ordinario de las cosas, *el amor filial sobrenatural exige, sin embargo, experiencias de hijo en el orden natural...* Si éstas no existen, o son de carácter negativo, despertando con ello una elemental contradicción y resistencia ante la idea del padre, *entonces falta el puente natural hacia el Padre Dios*, y nos hallamos de nuevo ante la tragedia del padre. Esta realidad — como se ha mostrado — depende esencialmente de la realidad del ser niño ante Dios y ante su representante humano.

³⁰ Traducimos “Vatersein” como “ser paternal”, y “Vatersinn” por “actitud paternal”. En el primer vocablo se acentúa el sujeto que es padre (“Ser – padre”) como realidad ontológica o cualidad del mismo ser. En el segundo vocablo se acentúa la actitud que fluye de ese ser. “Sinn” expresa una manera de sentir interior, que abarca la inteligencia, la voluntad y la vida afectiva. Se podría hablar también de “mentalidad”.

³¹ “Cuidado paternal” traduce “Vatersorge”. “Sorge” es el cuidado, la preocupación, dedicación, la solicitud que se tiene por una cosa o persona.

Las palabras de Cristo: “Si no os hicieréis como los niños no entraréis en el reino de los cielos”³², alcanzan su pleno sentido y su plena validez, cuando se las considera a la luz de lo dicho.

Del mismo modo entendemos a Nietzsche³³, cuando señala que ya no tenemos más “pueblo padres”, porque nos faltan “pueblos de niños”.

3.5.1.2. La auténtica filialidad

Filialidad, entendida como ser y actitud filial de ninguna manera equivale a debilidad y blandura³⁴. Ambas exigen recios actos filiales. La doctrina y vida del Señor lo prueban. En su forma más clásica vemos esto en Getsemaní y en el Gólgota.

Resumiendo debemos constatar lo siguiente: *para que el padre vuelva a nacer se requiere, ante todo, el renacimiento de la auténtica filialidad*. En cierto sentido ambas se corresponden mutuamente, como causa y efecto. De ahí que quien quiera encarnar el ideal de la paternidad sacerdotal, en primer lugar y al mismo tiempo, deberá esforzarse por conquistar un nuevo y profundo ser-niño y una efectiva actitud filial.

3.5.1.3. Tres afirmaciones esclarecedoras

Una mirada más profunda a estas consideraciones nos permite comprender más profundamente, en toda su importancia, las siguientes tres afirmaciones:

La primera dice: *los espartanos serán siempre un fragmento*, porque nunca llegan a ser plenamente varón. La causa radica en que *quien nunca fue plenamente niño, nunca llegará a ser plenamente varón*.

Al referirnos a los espartanos, los consideramos como símbolo de un modo de ser acentuadamente masculino. El axioma nos recuerda que el modo de ser masculino permanece inarticulado en tanto cuanto no descansa en la filialidad ni fluya de la misma ni continuamente se alimente de ella.

De ahí que la verdadera esencia del hombre implique dos rasgos característicos: el ser *puer et pater* (niño y padre).

Por eso, con razón podemos afirmar que quien nunca ha sido un auténtico niño ante Dios (y en cierto sentido también ante su transparente humano), vanamente se esfuerza por encarnar la paternidad sacerdotal como actitud fundamental del educador³⁵.

De modo semejante ha de entenderse la otra expresión que describe el ideal del hombre y del padre: Ante Dios, niño; ante los hombres, varón, y ante el séquito, padre.

La segunda afirmación proviene de Pestalozzi³⁶. Dice así: *“La mayor desgracia para la humanidad actual es la pérdida del sentir filial (o actitud filial) del mundo, pues esto hace imposible la actividad paternal de Dios”*.

³² Mt. 18,3.

³³ Frederich Wilhelm Nietzsche, filósofo y escritor, nacido el 15 de octubre de 1844 en Roecken cerca de Luetzen. Murió el 25 de agosto de 1899 en Weimar. Autor de muchas obras como: “Así habló Zaratustra”.

³⁴ Paralelamente al “Vatersein” y al “Vatersinn”, el P. Kentenich habla del “Kindessein” y del “Kindessinn”. Es decir, “ser filial” o del “ser niño” (la realidad de nuestra filiación divina al ser “participes de la naturaleza divina” (2 Pe. 1,4) por haber recibido la gracia santificante en el bautismo), y de la “actitud filial”. La “Kindlichkeit”, que traducimos por “filialidad” es el concepto que abarca ambas realidades (ser y actitud). Podría también traducirse por el concepto de “Infancia espiritual” comúnmente usado en espiritualidad.

³⁵ Paréntesis del original.

³⁶ Johan Heinrich Pestalozzi, pedagogo suizo, nacido en Zurich el 12 de enero de 1746, murió en Brugg el 17 de febrero de 1827. Fundó una casa de educación para niños pobres y varias instituciones destinadas a la educación. Afirma el valor educativo de la religión. Conocidas son sus obras como: “Gertrudis enseña a sus hijos”, “El ocaso del ermitaño”, etc.

No nos debería resultar difícil darle a esta afirmación un sentido inverso y formularla del siguiente modo: La mayor felicidad para la humanidad actual consiste en que el mundo conquiste de nuevo la actitud filial, porque sólo ésta hace posible que Dios despliegue plenamente su actividad paternal.

El filósofo hindú Tagore, es autor de la tercera afirmación. En base a sus observaciones e investigaciones científicas formula la siguiente ley: *“Dios quiere que en santa sabiduría reconquistemos nuestro ser-niños”*³⁷.

Esto significa que cuando Dios quiere algo, las demás voces han de callar. “Dios lo quiere” fue el lema que se dio en otros tiempos para la reconquista de la Tierra Santa y que inspirara las Cruzadas. Este lema tiene en la actualidad otro sentido. *Dios exige una cruzada para reconquistar la tierra santa de la auténtica filialidad, que es la raíz de una vigorosa virilidad y de una paternidad creadora.*

Esta tierra debe ser reconquistada. Espíritu de conquista presupone hombría. El varón es, por lo tanto, quien debe descubrir y conquistar en sí mismo al niño. Para ello debe hacer suya esa santa sabiduría, que en el plano natural caracteriza al anciano. En el plano sobrenatural debe entenderse aquí el don de la sabiduría como plenitud de la perfecta filialidad.

3.5.1.4. Paternidad y autoridad

El renacimiento del Padre, equivale al renacimiento de la autoridad paterna.

Hay una autoridad *interior* y otra *exterior*. *Ambas deben estar siempre unidas entre sí.* Faltando la autoridad interior, la exterior carecerá de alma y por eso no será efectiva. Sus funciones se asemejarán a un adiestramiento o amaestramiento. No llegará a ser fuente de auténtica vida, contradiciendo el carácter propio esencial de la autoridad.

Tener autoridad significa ser autor y origen de vida desbordante.

Siendo el amor pedagógico la fuente más perfecta de vida en el campo de la educación, debemos considerar la autoridad interior del educador como sinónimo de su *poder de amor*.

Este amor no es sólo una fuerza unitiva sino también asemejadora; su efecto en la otra persona es una transferencia global de amor.

Dicho más exactamente: *la fuerza interior y el peso de la autoridad paterna emanan de la fuerza creadora del amor paternal, de la sabiduría paternal y del cuidado paternal.*

El amor paternal se manifiesta esencialmente como una entrega personal al tú personal, hecho a imagen de Dios; tal amor se inclina reverentemente, con profundo respeto, ante su modo de ser, su destino y su misión personal. Se expresa en una confianza inagotable y ennoblecedora; esto quiere decir que en todas las circunstancias, cree en lo bueno del otro y que nada le impide servir desinteresadamente la misión del educando.

Modelo de esta actitud fundamental es el modo en que el Padre Dios educa, conduciendo a toda la humanidad, a las distintas comunidades e individuos.

Ejemplo vivo de esto es el ideal del Buen Pastor³⁸, que vive con los suyos una misteriosa bi-unidad espiritual — en forma semejante a como Cristo vive con su Padre —³⁹, a tal punto que el educador, imagen del Buen Pastor, puede decir en verdad con el Señor, aunque de un modo inmensamente más débil: “conozco a los míos y los míos me conocen a mí, así como el Padre me conoce y yo conozco al Padre”⁴⁰.

³⁷ Rabindranath Tagore (1861-1941). Conocido filósofo, poeta y educador, originario de la India. Unió lo educativo con lo artístico. En innumerables poemas nos deja su herencia pedagógica. Premio Nobel 1913. El aforismo citado pertenece a su obra “Pájaros perdidos” (n. 299).

³⁸ Ver Jn. 10,1-19.

³⁹ Ver Jn. 10,30-38; 14,8-31.

⁴⁰ Jn. 10,14-15.

Este conocimiento mutuo no es un mero saber abstracto. Encierra en sí, simultáneamente, un estar en, con y para el otro, misteriosamente profundo y lleno de amor⁴¹.

Como el Buen Pastor, también su imagen sabe de una *fidelidad de pastor* o paternal, que puede decir de sí mismo: “El Buen Pastor da su vida por sus ovejas”⁴².

3.5.1.5. Entrega, respeto y confianza: elementos del amor paternal

Como todo auténtico amor, el amor paternal comprende tres elementos: *entrega, respeto y confianza*.

La entrega paternal requiere por eso un perfeccionamiento y una coronación en el respeto paternal ante la dignidad y grandeza puesta por Dios en el tú. Al mismo tiempo exige una confianza incommovible en su persona y en su misión.

Esta triple actitud fundamental en el educador despierta naturalmente la misma actitud tridimensional en el educando. Si estas actitudes se encuentran entre sí, sólo entonces se crea la atmósfera en la cual es posible lograr una educación que cale profundamente. En la medida que falte uno u otro de esos elementos, todas las acciones educativas que se emprenden resultarán ilusorias y no rara vez producirán el efecto contrario. El conocimiento de esta interrelación es norma y medida para toda la educación.

El amor paternal busca su complementación en la sabiduría y cuidado paternos.

3.5.2. La sabiduría paternal

La sabiduría paternal abarca una múltiple función:

Ante todo recibe el amor filial que ha despertado aceptándolo con sencilla naturalidad, sincera gratitud y profundo respeto. Además se preocupa cuidadosamente de tratarlo según la ley de la transmisión y traspaso orgánico⁴³.

Desde el punto de vista pedagógico, el traspaso hacia el mundo sobrenatural se realiza de una triple manera. Por medio de indicaciones que provienen tanto del ser como de las palabras del educador; por una renuncia consciente, guiada por la prudencia, a estar físicamente el uno junto al otro y por los mutuos desengaños.

Guía en este proceso vital es la sentencia de Juan Bautista: “El debe crecer y yo disminuir”⁴⁴. Esto quiere decir: Dios debe pasar más y más al primer plano, mientras que el educador se va desplazando con más fuerza del campo concienical del educando, no

⁴¹ El P. Kentenich describe la esencia de la comunidad como el estar “en, con y para” el otro. En definitiva, todo auténtico amor, tanto en el plano natural como sobrenatural entraña esa realidad. La implica también, por lo tanto, el “amor pedagógico”.

⁴² Jn. 10,11.

⁴³ Traducimos “Gesetze der organischen Ubertragung und Weiterleitung” por “leyes de la transmisión y del traspaso orgánico”. La “Ley de la transmisión orgánica” quiere decir que Dios, Causa Primera de todo lo creado, transmite o participa a las criaturas (o causas segundas) parte de sus cualidades o perfecciones (poder, bondad, sabiduría, etc.). El P. Kentenich incluye en esta ley también el hecho que los hombres “transmiten” o entregan al transparente de Dios, que es imagen e instrumento suyo, el amor, la obediencia, el respeto, etc., que deben a Dios mismo.

La ley del “traspaso orgánico” (preferimos usar esta expresión en lugar de “conducción orgánica”), nos dice que los padre o educadores deben “traspasar” (“weiterleiten”: viene de “leiten” = conducir, “weiter” = más allá) o hacer llegar hasta Dios — sin guardar egoístamente para sí mismos — ese amor, obediencia, respeto, etc., que los suyos les entregan. Este proceso es orgánico y no mecánico, es decir, el educador lleva a la otra persona consigo, en su corazón, hasta el corazón de Dios. (Ver “Documentos de Schoenstatt”, Editorial Patris, pág. 185). Estas leyes las explica el Padre Kentenich en múltiples ocasiones. Ver por ejemplo, “Marianische Erziehung”, Schoenstatt-Verlag, 1972, pág 154-174.

⁴⁴ Jn. 3,30.

obstante, sin que se pierda por eso el contacto vital entre ambos. De allí que hablemos conscientemente de la ley del traspaso orgánico y no de un traspaso mecanicista.

La sabiduría paternal cultiva cuidadosamente una libertad interior unida a una intocabilidad exterior, de acuerdo al sentido común y al estado de vida⁴⁵. Conoce una eterna “unidad de tensión” entre cercanía y distancia, entre severidad y bondad; en una palabra, imita en todas las situaciones la sabiduría educadora del Padre Dios.

3.5.3. El cuidado paternal

El cuidado paternal lucha por adquirir el arte de abrir las almas, del saber escuchar y adivinar lo que se quiere decir. Igualmente trata de adquirir la maestría del saber conducir en forma esclarecida y firme.

No se trata aquí tan solo de una introducción general al amor como ley fundamental del mundo y a la ley fundamental de la vida y de la educación que de ella se deduce: Todo por amor, todo a través del amor y todo para el amor. Quien conduce en forma esclarecida sabe que cada individuo como pensamiento y deseo original y encarnado de Dios, — en cuanto desde toda eternidad es y será co-pensado originalmente en el Verbo Divino y originalmente co-amado en el Espíritu Santo — posee una misión de amor individual y personalísima. Esta misión se determina más exactamente por la propia estructura personal, por las inspiraciones (de la gracia), a través de las circunstancias externas y por la autoridad dada por Dios. Dicho más exactamente, entonces la ley fundamental de la vida recibe ahora el siguiente cuño: todo a partir de un amor *original*, todo a través de un amor *original*, todo para un amor *original*.

Con esto delineamos la doctrina schoenstattiana sobre el ideal personal que será expuesta posteriormente.

3.6. Paternidad y maternidad

Según la sabia doctrina y experiencia de vida de San Pablo, la paternidad sacerdotal debe ser complementada, profundizada y perfeccionada por un toque de *maternidad* sacerdotal. Paternidad y maternidad deben estar unidas en una permanente “unidad de tensión” a fin de lograr que el individuo mismo madure hasta alcanzar una perfección pedagógica.

⁴⁵ En muchas ocasiones habla el P. Kentenich de la “innere Unbefangenheit” y de la “äussere Unberührtheit”. Hemos traducido el primer concepto por “libertad interior”. Se refiere a la tranquilidad con que el educador o una determinada persona debe relacionarse con otra, normalmente del sexo opuesto. Es decir, en el trato mutuo no debe darse una actitud tensa, de angustia o inhibición, sino interiormente libre, tranquila y natural. Por otra parte, el Padre Kentenich recomienda la “intocabilidad exterior” (“äussere Unberührtheit”), refiriéndose con ello a la antigua “regula tactus”, norma que en la espiritualidad tradicional recomienda evitar el contacto físico o caricias. Por cierto esto se aplica, como el Padre Kentenich explica, de acuerdo al sentido común y al estado de vida de cada cual. Por de pronto hay contactos físicos que corresponden a las muestras de afecto y amistad usuales, tales como, por ejemplo, darse la mano u otros tipos de saludo de acuerdo a las costumbres en los diversos países. Por otra parte, deben considerarse las diferencias entre el trato de personas célibes y aquellas que han elegido el estado matrimonial. Esta prudencia o restricción va en pro de asegurar y permitir un mayor “contacto espiritual” o vinculación personal, evitando que ésta degenere y se proyecte en otros ámbitos que nos corresponden al estado de vida de la persona o, al menos, resultan imprudentes. Recordemos que el pecado original ha herido nuestra afectividad y sexualidad.

En todo este campo el P. Kentenich asume la sabiduría tradicional, pero la integra en una nueva síntesis. Su posición básica no es la huida o la renuncia, sino el amor o vinculación personal; y esto es lo que él quiere asegurar y encauzar al recomendar la “intocabilidad exterior” de acuerdo al estado de cada cual y la prudencia o sentido común.

Por eso Pablo reclama para sí ante sus comunidades no sólo una posición de Padre, sino también — incluso de forma extraordinariamente fuerte — una actitud y funciones maternas. De hecho, este hombre, que puede ser duro como el diamante, posee una extraordinaria actitud maternal, tierna y profunda. Expresa sus dificultades en su labor educativa con aquellas clásicas y siempre válidas palabras: “Hijos míos, sufro dolores de parto hasta que Cristo haya nacido de nuevo en vosotros”⁴⁶.

San Agustín expresa el mismo pensamiento cuando dice: “Tenemos el valor y la osadía de llamarnos madres de Cristo”.

En esto juega un papel esencial la concepción de que Cristo en sus miembros, unido a nosotros, clama por su Madre, quien debe hacerle lugar en las almas y quien, en cierto modo, nuevamente debe darlo a luz allí.

De aquí se sigue que el educador ideal vive una permanente “unidad de tensión” entre amor paternal y amor maternal, entre sabiduría paternal y sabiduría maternal, entre cuidado paternal y cuidado maternal.

3.7. El ideal de la educadora

3.7.1. Complementación de los sexos

Con ello también simultáneamente queda esbozado el ideal de la educadora.

Recordemos que el alma tal como sale de la mano del creador, de por sí es asexual, y que sólo es masculina o femenina por su unión con un cuerpo masculino o femenino. De allí se deriva que el alma masculina y la femenina, más allá de su originalidad específica, simbolizada en los órganos sexuales, tienen múltiples rasgos comunes.

Normalmente ambos sexos buscan una complementación espiritual por medio del trato o relación mutua, a fin de crecer a través de ésta y llegar a constituir una “bi-unidad” espiritual. Para una persona determinada, ante todo para el educador célibe, la tarea de autoeducación consiste en encarnar en su propia persona ambas formas originales de ser y crecer así hasta alcanzar la plena madurez en Cristo⁴⁷ y la plena madurez como educador.

Desde este punto de vista no debería ser difícil — con las restricciones del caso — reencontrar también el ideal de la maternidad sacerdotal reflejado en la paternidad sacerdotal. Según el sexo que se posea se trata sólo de desplazar el acento con más fuerza hacia uno u otro aspecto; si en el educador la paternidad está en primer plano y la maternidad en uno secundario, con la educadora ocurre lo contrario.

3.7.2. El árbol de la grandeza femenina

Siendo la auténtica filialidad la raíz de una paternidad creadora, esto vale mucho más aún tratándose de la perfecta maternidad.

Si presentamos *la grandeza de la mujer* en la imagen del árbol, *su raíz es la actitud filial* ya mencionada; el *tronco* que surge de ella y de la cual continuamente se alimenta y nutre, es *la servicialidad desinteresada o una vigorosa y creadora maternidad*. *Las ramas y frutos simbolizan la visión intuitiva de la verdad*.

El conocimiento de la verdad depende — en la mujer mucho más que en el hombre — de la abnegación o de la liberación del propio yo. Esto es así, pues en ella corazón y

⁴⁶ Gál. 4,19.

⁴⁷ Es decir, al educador masculino debe llegar a perfeccionarse o “redondear” su propio ser — psicológicamente hablando — al incorporar o asimilar valores que son más propios del “eterno femenino”. Lo mismo vale para la mujer en sentido inverso. Esto confiere a la personalidad una gran armonía y evita unilateralidades que en un educador resultan particularmente negativas. Respecto a San Pablo, ver Ef. 3,19; Col. 2,9; etc.

sentimiento influyen más sobre la razón, pero también porque la intuición está en íntima conexión con la pureza y la claridad del afecto.

Dado el hecho que el tronco y los frutos del árbol de la grandeza de la mujer dependen tanto de la raíz de la filialidad, resulta de ello, con lógica necesidad, cuán importante es también la filialidad en la educación.

Desde un punto de vista metafísico, solemos describir la *estructura de ser femenina*, como *servicialidad sencilla, fuerte y arraigada en Dios*. En esta definición, la sencillez se refiere a la filialidad. Por eso lo que vale en relación a la filialidad hay que decirlo también de la sencillez. De allí que la grandeza de la mujer ha de estar envuelta siempre de sencillez en todo su ser y actuar. En ella la complicación desemboca en la intriga. Y ésta desfigura la imagen ideal de la mujer.

Por consiguiente, tanto en el educador como en la educadora debe considerarse la filialidad como presupuesto indispensable y como una obra maestra para que se dé una fecundidad pedagógica. Ella es un elemento constitutivo de la actitud fundamental que se requiere en este campo. *Para la nueva generación, llamada a servir a la Iglesia “en las nuevas playas”, la filialidad, considerada no sólo en sí misma sino como raíz de una auténtica paternidad y maternidad, es un objetivo de primer orden.*

3.7.3. La gran tarea para el futuro

Quizás corresponda, en este contexto, ampliar más el radio de nuestras consideraciones, en líneas generales, lo que sigue: En el futuro, *urge que la pedagogía del amor domine y anime toda la educación y la enseñanza.*

En una plantación en tierra virgen y no corrompida, esto se puede realizar más fácilmente y más a fondo que en una tierra ya gastada, en donde la capacidad de amor no solamente no se ha despertado y desarrollado lo necesario, sino simplemente ha sido reprimida, empobrecida y finalmente extinguida.

En el primer caso se trata del reino futuro, que canta el “Hacia el Padre” en todos los tonos, y al cual se orientan, desde el principio, los más fervientes anhelos de Schoenstatt⁴⁸.

Léase, desde este punto de vista, para mencionar y dejar actuar en nosotros, al menos como un ejemplo, el “Cántico al Terruño”⁴⁹. Al hacerlo, no olvidemos el estribillo que atribuye a la Madre Tres Veces Admirable, desde su Santuario, el poder de transformación, sin el cual no pueden ser formadas de modo suficientemente eficaz, las personalidades y comunidades ideales que están orientadas hacia el futuro y que todos esperamos⁵⁰.

Por este reino ideal luchamos desde 1914⁵¹ con una consecuencia inexorable y con la mirada puesta en las playas de los más nuevos tiempos. Siempre hemos atribuido mayor importancia al trabajo silencioso de formación que se hace en segundo plano, que a reunir masas y organizar grandes concentraciones, las que en su debida oportunidad, de vez en cuando, son necesarias y útiles. Sin embargo, debido a la volubilidad y excitabilidad de las masas, con facilidad y rápidamente se rompen los diques, si simultáneamente éstos no

⁴⁸ El “Hacia el Padre” es un libro de oraciones escrito por el P. José Kentenich en el Campo de Concentración de Dachau (1942-1945). En él se encuentra expresada la más profunda espiritualidad de Schoenstatt. Editorial Patris, Santiago de Chile, 1976.

⁴⁹ Hacia el Padre, pág. 196-200, nn. 600-605

⁵⁰ En el Santuario de Schoenstatt, la Sma. Virgen ejerce de modo singular su labor de educadora, como Madre de la Iglesia y medianera de las gracias. En y desde el Santuario de Schoenstatt, Ella quiere regalar hondamente las gracias del arraigo o cobijamiento en Dios, de la transformación personal en Cristo y de la fecundidad apostólica.

⁵¹ El 18 de octubre de 1914, fecha de fundación del Movimiento de Schoenstatt, el P. José Kentenich sella con un grupo de jóvenes una Alianza de Amor con la Santísima Virgen, en la capillita que tenía la Congregación Mariana que formaban. En esa ocasión el P. Kentenich pronuncia una plática conocida como “Primera Acta de Fundación”.

están fundados, acompañados y coronados por una transformación educativa seria de cada persona individual.

(....)

El apostolado más urgente, más importante, más amplio y fecundo para nuestras comunidades de élite, es la continuación y edificación de la ciudad santa del futuro, fundada en el cielo, tal como lo canta el “Hacia el Padre”:

“Por ellos edifica
la ciudad fundada en el cielo,
hacia la cual con entera confianza
alcen todos la mirada.

Hasta los confines del mundo
puedes enviar
a quienes hoy se te consagran,
para completar tu Reino en la tierra.

María, recibe la ofrenda
en tus fieles manos de madre,
y así, hasta nuestro paso a la vida futura,
no cese este cántico de gratitud”.

(....)

En relación con esta meta, un objetivo especial de Schoenstatt es la reeducación de un amor noble y puro — sobre todo de un amor filial — en el ámbito de los innumerables faquires del amor que hoy en día, con su capacidad de amor empobrecida y destrozada, abundan en los países civilizados.

¿Serán aún capaces de alcanzar una profunda reeducación en el espíritu de la ley fundamental del mundo y de una pedagogía del amor? No cabe duda alguna que se puede reconocer nítidamente una línea transversal que pasa por los pueblos de la tierra y nos indica en forma clara tal capacidad de transformación. Manifiestamente pone su esperanza en nuestros santuarios filiales y en nuestra Familia de Schoenstatt y está pronta a abrirse al poder transformador de la Madre Tres Veces Admirable — la Gran Misionera — que realiza milagros de transformación⁵².

La pedagogía de Schoenstatt señala la posibilidad de un triple camino (de reconquista del amor y de la actitud filial) a los círculos a los cuales nos hemos referido. Es el camino de la *post-vivencia*, el más fecundo, pero, por motivos comprensibles, el menos frecuente; el camino de la *vivencia de contraste* y el camino de la *vivencia de sustitución o vivencia de complementación*⁵³.

⁵² El P. Kentenich confía plenamente en el poder educador de María. Ella, como auténtica madre nuestra, en virtud de la fuerza del amor, que nos une, asemeja y transforma, y de su poder de intercesión, es capaz de sanar el corazón del hombre moderno y de vencer las “herejías antropológicas” de nuestro tiempo, y realizar milagros de transformación. En los santuarios de Schoenstatt, esparcidos por todo el mundo, ella ha querido erigir en forma particular — por cierto no única ni excluyente — su trono de gracias, para transformar nuestros corazones y convertir, a quien se pone en sus manos, en agente activo de una nueva “civilización del amor”.

⁵³ La “post-vivencia” o “vivencia posterior” alude a la posibilidad de recuperar el sentir filial a través de una vivencia filial positiva ante una persona — normalmente un educador o sacerdote — que encarna una auténtica paternidad. La “vivencia de contraste” se refiere a que la persona, partiendo de su propia vivencia negativa, se hace más sensible a la imagen del Dios que no revela la Biblia, el Dios rico en misericordia, poderoso y fiel, y, por contraste, penetra más profundamente en ella. algo semejante sucede cuando tiene la oportunidad de observar, por ejemplo en una sana vida familiar, relaciones positivas de paternidad y filialidad. Esta “vivencia de contraste”, sin embargo, debería ser complementada por la “vivencia posterior” para que en verdad capte la vida afectiva y se haga posible psicológicamente una vivencia honda de entrega filial al Padre Dios.

La Jornada Pedagógica del año 1951 se ocupa de explicar más en detalle estos tres caminos aquí señalados⁵⁴.

La “vivencia de sustitución”, de “repuesto” o de “complementación”, se refiere a que la persona, cargando ella misma con una deficiencia en su capacidad de amar filialmente, se esfuerza por dar a los suyos amor paternal (como padre o educador), obteniendo como respuesta de ellos un cariño y entrega filial. Al experimentar esta realidad es impulsado afectivamente a vincularse con Dios Padre de modo semejante. Por cierto, más allá de estos procesos psicológicos, y en el mismo proceso como tal, debe considerarse la eficaz acción de la gracia que por obra del Espíritu Santo, — que es Espíritu de amor y de adopción — penetra y sana las profundidades de nuestro ser. La función maternal de María juega aquí un importante papel salvífico, como instrumento predilecto del Espíritu Santo.

Ver: P. José Kentenich, “Que surja el hombre nuevo”, De. Schoenstatt, 1984, pp. 102-112.

⁵⁴ Para obtener una visión más completa de la pedagogía schoenstattiana, además del libro recién citado, puede consultarse en castellano “Educación en el espíritu de Schoenstatt”, de M. Beyle, Editorial Schoenstatt, 1984. Del mismo P. Kentenich: “Ethos und Ideal in der Erziehung” (1931), Schoenstatt-Verlag, 1972, 379 págs.; “Marianische Erziehung” (dada en diversas oportunidades entre 1932 y 1934), Patris Verlag, 1971, 286 págs. (En la introducción de este libro se encuentra un detalle de otras jornadas pedagógicas del P. Kentenich aún no publicadas); “Grundis einer neuzeitlichen Pädagogik (1950), Schoenstatt-Verlag, 1971, 290 págs.; por último, la versión original de “Que surja el hombre nuevo”: “Dass neue Menschen werden” (1951), Schoenstatt-Verlag, 1971, 264 págs.